



Marta Corella
Alcaldesa de Orea (Guadalajara)

Reflexiones de una alcaldesa de pueblo

■ En este artículo, su autora, alcaldesa del municipio de Orea, reflexiona desde su experiencia sobre los problemas de los pequeños pueblos rurales y plantea los grandes retos que tienen por delante. Con motivo de la concesión del premio 2020 de la Fundación de Estudios Rurales, señala la importancia de las políticas públicas, pero también se reafirma en la necesidad de que sea la propia población local la que coja las riendas de su propio desarrollo, buscando alianzas y complicidad con el resto de la sociedad.

Palabras clave:

Municipalismo | Sociedad rural | Acción política | España | Desarrollo rural.

Era una mañana de junio del pasado año cuando recibí una llamada que me informaba de que me habían concedido el Premio Orgullo Rural 2020 de la Fundación de Estudios Rurales. Con sinceridad, lo primero que pensé es que se trataba de una broma, porque no tienes conciencia del impacto que tienen tus acciones, más allá del círculo cercano que te reporta un *feedback* ágil.

Asimilado que era real y pasada la inmensa emoción, el agradecimiento y los nervios, pensé en la gran responsabilidad que conllevaba. Reconocer la labor de las alcaldesas y alcaldes de los municipios más pequeños es visibilizar que en los pueblos suceden cosas. Más que como un premio nominativo me lo tomé, y me lo tomo, como un reconocimiento a esa labor invisible de tantas personas que, de forma altruista, invierten su tiempo y energía en conseguir un futuro para su tierra.

Trabajar para revertir este proceso de desangrado incesante de capital humano de nuestros pueblos es tan agotador como incierto. Hay que abrir mil puertas para acertar un camino. Aunque no tengo la certeza de lo que funcionará o no, lo que sí tengo claro es la complejidad de todo este proceso. Un problema como este que, durante décadas, respondió a múltiples aristas, no puede ser resuelto en un solo plano.

El medio rural comparte una misma realidad, pero cada uno de los más de 8.000 pueblos que hay en España tiene su propia identidad. Por ello, las acciones que se planifiquen a gran escala deben poder adaptarse como un guante al territorio si se quiere que tengan garantía de éxito. Debe reconocerse a los territorios rurales el esfuerzo ímprobo que durante más de medio siglo han hecho donando no solo hombros y talento, sino también su sudor.

¿Nos hemos preguntado alguna vez de dónde salía el recurso económico con el que se pagaban pisos y casas en las capitales? Ciudades, por cierto, cada vez más nuevas y pueblos cada vez más envejecidos... Un doloroso símil aplicable a nuestros mayores, que instalaron sus vidas en la frugalidad y el ahorro para que nosotros lo tuviéramos “todo”, prevaleciendo en ese todo la formación a la que ellos no tuvieron acceso.

Se callaron sus saberes para dar paso a ese conocimiento universitario, a esa sangre suya con título a la que ni se les ocurría replicar. Y aún hoy siguen pensando que su aportación no ha sido tanta...

Han ido desapareciendo, sin alboroto, sin reclamaciones, de forma silenciosa, sin que esas ciudades que tanto les deben les reconozcan su labor. Y aún más, con un sentimiento agrídulce: por un lado, de agradeci-



El medio rural comparte una misma realidad, pero cada uno de los más de 8.000 pueblos que hay en España tiene su propia identidad. Por ello, las acciones que se planifiquen a gran escala deben poder adaptarse como un guante al territorio si se quiere que tengan garantía de éxito. Debe reconocérsele a los territorios rurales el esfuerzo ímprobo que durante más de medio siglo han hecho donando no solo hombros y talento, sino también su sudor

miento a esa urbe que les dio una oportunidad; por otro, de profunda añoranza a sus raíces.

La España “donante”

Por eso insisto en llamarla la España donante, y por eso afirmo que, para alcanzar el aprobado en esta carrera de la cohesión territorial y justicia social en que estamos metidos, tenemos varias asignaturas pendientes, y la primera de ellas sería el reconocimiento.

Ahora el campo no se labra con mulos; los animales paridos no se cargan a hombros, ni hay que pasar meses en pajares en medio del monte. Es una historia que, por cierto, se hunde sin que nadie repare en la pérdida cultural que supone.

Conocer de dónde venimos, valorar nuestra historia, recuperarla, ponerla en valor, nos hará entender que no hay paisaje sin

paisanos y paisanas. Y quizá, solo quizá, entenderemos entonces el sentimiento de frustración que sienten aquellas gentes a las que se les avasalla en nombre de la conservación; esas gentes que sí han conservado, que entienden el latir de su tierra comprendiendo y hablando su idioma, que han respetado normas heredadas mucho más severas de lo que podamos imaginar para preservar su entorno, un entorno que, en definitiva, era su propia supervivencia. Su esfuerzo es lo que ha hecho posible que nos impacte en el alma la belleza de lo que vemos cuando visitamos un lugar que, ignorantemente, creemos prístino. Es necesario entender los profundos y complejos vínculos que existen entre los habitantes, con sus saberes y los espacios que habitan, y aprender los equilibrios de los territorios. Pretender la protección de un espacio territorial ignorando a los que contribuyeron a su conservación, nos llevará irremediablemente a otro paisaje, no digo que peor, pero sí con to-

da seguridad diferente, lo cual no deja de ser una terrible paradoja: empujar a quien ha conservado, con el fin de preservar, consiguiendo justo el efecto contrario.

En España, los territorios más castigados por el abandono han sido justamente los mejor conservados. Pero este saber-hacer, sin tener conciencia de que realmente se hacía, se dio de bruces con una modernidad errática en la que había que preservar la naturaleza apartando la mano humana de ella.

Y desde esa mirada romántica y urbana se apartaron y, en el mejor de los casos, ignoraron esos vínculos y saberes locales. Se crearon figuras de protección, eliminando de nuestros bosques la presencia humana con sus usos y costumbres, siendo sustituida por una corriente de “no intervencionismo”.

Es importante cómo nombramos las cosas y por eso lo llamo así. Conservacionista es quien conserva, y en nuestro país son esos pueblos de montaña, esos habitantes de los

bosques, los que con su esfuerzo han permitido que nosotros conozcamos hoy unos territorios rurales que nos embargan de emoción y que nos impulsan a querer preservarlos. El error es pensar que un bosque no tiene pasado y que el presente, si no lo tocamos, se mantendrá como una fotografía estática que se cuelga en un museo por los siglos de los siglos...

Conocer los espacios rurales y su historia

La segunda asignatura pendiente es conocer los espacios rurales y su historia. Una legislación miope que pensó solo en las grandes industrias agroalimentarias empujó a la desaparición de las pequeñas iniciativas de artesanía culinaria y de aquellas actividades que giraban en torno a la actividad principal de la ganadería y la cría de animales domésticos, todas ellas desarrolladas por mujeres.

Nuestros pueblos se fueron haciendo masculinos, languideciendo y vaciándose, en un proceso que aún no ha terminado. Tristemente, pensamos hoy que este problema es un problema rural a pesar de que ya hemos podido comprobar su impacto social en forma de incendios imparables. Es un problema que nos afecta a toda la sociedad y que lleva el sello de la desafección humana en los territorios.

Será difícil, por no decir imposible, avanzar sin una adaptación de la legislación a la realidad rural. Debe adaptarse en el sentido amplio, es decir, no solo en aquellas cuestiones que afectan a los procesos agroalimentarios, que también, sino a todas aquellas que hemos normalizado y que tanto daño hacen a la estabilidad rural.

Algunos ejemplos: la desigualdad que se genera en las zonas rayanas entre las comunidades autónomas; el sistema educativo, que hace que los niños a los 12 años tengan que salir de sus pueblos, alejándolos de su entorno y generando desarraigo, en lugar de facilitar su permanencia en la etapa obligatoria vinculando la formación al entorno; el sistema sanitario, que obliga a nuestros mayores a peregrinar con su empadronamiento allá donde menos molestias causen a sus hijos e hijas (cuánto bien haría una tarjetita sanitaria universal, al menos para aquellos



En España, los territorios más castigados por el abandono han sido justamente los mejor conservados. Pero este saber-hacer, sin tener conciencia de que realmente se hacía, se dio de bruces con una modernidad errática en la que había que preservar la naturaleza apartando la mano humana de ella

municipios que tengan a más de media hora el hospital más cercano).

La cuestión forestal

Si seguimos poniendo caras a este prisma y superponemos el mapa forestal con el del despoblamiento, vemos cómo se solapan en un altísimo porcentaje. Nuestros pueblos forestales trajeron a la modernidad del siglo XX unos espacios “naturales” en perfecto estado de conservación, con una gran simbiosis entre espacios y pobladores.

Con alimentos de primera calidad, con un modo de vida que ahora se denomina “economía circular”, con una economía basada en el aprovechamiento sostenible de recursos (que ahora se llama “bioeconomía”), con una riqueza de recursos y una calidad ambiental que no fueron suficientes frente al rigor climático (que solo unos pocos lugares han aprovechado en formas de pistas de esquí), la difícil accesibilidad, la ubicación remota y, por qué no decirlo, el empuje hacia zonas industriales a que se vieron sometidas

sus gentes, con una violencia camuflada y sibilina.

Y esto ¿por qué? Está claro que faltaba mano de obra en las ciudades y en las montañas se quebraron los eslabones que unían recurso con oportunidades. El abandono de la gestión forestal fue uno de esos grandes eslabones. La buena noticia es que, si aligeramos el paso, los recursos existen a la espera de que volvamos a elaborar un nuevo engranaje que genere oportunidades partiendo de ellos. No perdamos de vista que los productos que generan nuestros bosques son necesarios para afrontar una transición ecológica justa y una adaptación real al problema del cambio climático.

Los bosques se benefician de una ganadería extensiva que sufre actualmente la invisibilidad de los mercados y el yugo de los coeficientes de admisibilidad de pastos de la PAC, que consideran que no hay pasto bajo arbolado. Y si hilamos más fino, aún hay ganaderías trashumantes que ascienden a pastos de montaña, bajan a valles e incluso recorren España por las cañadas, generando corredores de biodiversidad con altísimo va-

lor ecológico y social, pero en grave riesgo de desaparición sin que se les preste la más mínima atención.

Los consumidores perdimos el derecho de consumir carne de nuestro entorno con el cierre de los pequeños mataderos, y actualmente tampoco podemos elegir si queremos consumir carne de extensivo porque no se exige un etiquetado específico.

Es necesario recuperar la gestión forestal, entendiéndola como gestión integral del territorio, creando oportunidades y aumentando la captura de carbono; por cierto, también deben ser incluidos en el circuito del mercado de carbono los bosques gestionados de forma sostenible, además de las simples repoblaciones.

Gestión participativa y reforma administrativa

La participación es nuestra tercera asignatura pendiente, que debe ir acompañada de una profunda reforma legislativa que nos conduzca a una adaptación fiscal. En este sentido, será necesario también corregir las desigualdades tan profundas que encontramos por ejemplo cuando buceamos en nuestro sistema funcional, en el que resulta prácticamente imposible alcanzar un alto nivel en el medio rural.

Las mujeres jóvenes de nuestros pueblos tienen un porcentaje mayor, y un grado más alto, de formación que los hombres jóvenes, y si queremos garantizar el futuro de nuestros pueblos, se hace imprescindible generar oportunidades laborales cualificadas para ellas, de modo que les permitan arraigar y echar raíces en el medio rural, por remoto que sea.

Cambiar las tornas y que el medio rural pase de ser un destino percibido por el funcionario como un castigo a ser un destino de prestigio, solo se consigue con reconocimiento y compensación salarial. El reconocimiento tiene que llegar con una titulación que acredite la formación requerida para el desempeño de un puesto, y que, por ello, debería ser una asignatura transversal en las universidades.

El ejemplo más claro se da en el sector sanitario y educativo, donde encontramos profesionales formados y entrenados en una casuística muy alejada de lo que luego encuentran cuando aterrizan, sin paracaídas,

en un centro rural de salud donde pesa más el conocimiento del paciente que los medios disponibles, o en un aula rural unitaria donde conviven todos los ciclos formativos de primaria (aulas unitarias, por cierto, que, con profesionales motivados, han dado excelentes resultados, y que son la base de sistemas educativos punteros en el norte de Europa).

Deslocalización laboral cualificada

Esto me lleva a la cuarta asignatura pendiente, tanto en el ámbito privado como público, y en este último, además, habría que añadir la necesidad de formación especializada y compensación salarial de destino.

También será necesario vincular las universidades y los ciclos formativos con la realidad que encontrarán al terminar. Ya existen ejemplos, y en Orea llevamos ya varios años recibiendo universitarios y universitarias de últimos cursos de varias universidades y centros de formación profesional, con un gran resultado.

Pero creo que hay que ir más allá de la propuesta de un Erasmus rural. Sería necesario crear centros de investigación en el medio rural; buscar alianzas público-privadas para implantar centros de innovación, tanto en el ámbito educativo como en el empresarial; impulsar pequeñas iniciativas privadas o públicas que constituyan una malla de economía rural más estable que las macroempresas (que solo son viables en unos pocos lugares y que cuando desaparecen, son la ruina de su entorno). Llevamos décadas hablando de desarrollo rural; pongámoslo ahora en el lugar que siempre debió estar.

Investigación, innovación, inversión, implantación, impulso...

¿Pero qué hacemos con todas aquellas personas que desean instalarse en el medio rural y no encuentran vivienda?

La realidad es que tenemos un medio rural que ha recibido proporcionalmente una ínfima parte de las inversiones privadas y públicas recibidas por las áreas urbanas. Por ello, es necesario compensar urgentemente esta desigualdad.

A esta falta de inversión hay que añadir una legislación general de urbanismo tan fé-

rea como la que tenemos, cuyo objetivo es evitar proliferaciones macabras en los entornos urbanos y que castra las posibilidades de crecimiento en los pequeños pueblos, dejándolos al borde de la asfixia. Precisamente la poca capacidad de maniobra, tanto administrativa como económica, de los pequeños ayuntamientos, que son la Administración más cercana a la ciudadanía y la que tiene que responder a los problemas cotidianos, hace que se ralenticen los procesos administrativos y que sea difícil encajar líneas generales en problemas reales.

Los pequeños ayuntamientos están acostumbrados a lidiar con escasos presupuestos, optimizando recursos, rentabilizando espacios, dándoles múltiples usos, y aplicando una gran dosis de imaginación allá donde no llega la economía. Y será imprescindible que sea el complejo sistema burocrático instalado el que se adapte al territorio y no a la inversa.

Empoderamiento local

Ahora llegan los fondos europeos de recuperación, que tendrán que pasar tantos filtros que, si no lo hacemos bien, es fácil que esa lluvia de millones no llegue siquiera a mojar las sedientas gargantas de los territorios. Para ello, será imprescindible el papel de los pequeños ayuntamientos, que, lejos de ser espectadores de tercera y quedar al albur de las diferentes instituciones supramunicipales que tenemos, cada una con unos anteojos, deben ser protagonistas principales de su propio destino. Esta es la sexta asignatura: empoderamiento local.

Por cierto, ahora que se ha integrado en todos los discursos el tema del desarrollo sostenible, basado en la sostenibilidad medioambiental, económica y social (incluida participación activa), debería incluirse en el Código Penal el maltrato institucional que puede llegar a ejercerse sobre los pequeños ayuntamientos por parte de las Administraciones supramunicipales, atendiendo a razones espurias que nada tienen que ver con la sostenibilidad, la optimización de los recursos o la eficacia de las inversiones. Es una realidad incómoda, propia de tiempos que creíamos ya pasados, pero que, si no se denuncia, será difícil cambiar, porque existir existe y es necesario acabar con ella.



Los pequeños ayuntamientos están acostumbrados a lidiar con escasos presupuestos, optimizando recursos, rentabilizando espacios, dándoles múltiples usos, y aplicando una gran dosis de imaginación allá donde no llega la economía. Y será imprescindible que sea el complejo sistema burocrático instalado el que se adapte al territorio y no a la inversa

Complicidad, alianzas y memoria

Parece mucho, y aun así no será suficiente, porque en este camino de lucha por la supervivencia, que es el de toda la población, el medio rural necesita cómplices. Necesitamos la complicidad del medio urbano para impulsar un ecologismo del siglo XXI, que suelte lastre de dogmas pasados y que parta de una formación real, de un profundo conocimiento de los territorios y de sus complejos vínculos.

Debe ser una complicidad que apueste por el apoyo a las poblaciones rurales, por la recuperación de una buena gestión forestal de carácter integral, volviendo la mirada al aprovechamiento sostenible de nuestros espacios rurales, pero con la vista puesta en las nuevas tecnologías del siglo XXI, empoderando a los pueblos forestales, a sus pobladores y especialmente a las mujeres.

Seguimos caminando, y en nuestro cami-

nar hemos ido perdiendo el vínculo con los espacios rurales. Nuestra infancia tiene derecho a conocer la libertad que otorga un pueblo. Tiene derecho a elegir a qué jugar y con quién hacerlo. A no ser apéndices de sus adultos. Tiene derecho a conocer los ritmos naturales y a saber de dónde viene lo que come y cómo se ha cocinado.

Precisamente de esta inquietud personal de poner en valor nuestro saber culinario y quienes lo ostentaban, principalmente las mujeres, escribí un libro que ha visto recientemente la luz a través del servicio de publicaciones del MAPA, a quien agradezco su exquisito trato y la gran oportunidad brindada de dejar para la posteridad un retazo de nuestra historia en su servicio de publicaciones: *De mujeres, vivencias y sabores. Un recorrido por nuestra historia a través de sus fogones*. Este libro es un intento de preservar la cultura y transmitir otro modo de vida.

Estoy convencida de que nuestra infancia

no puede ser privada de nuestra esencia, de que tiene derecho a conocer y a interiorizar los ciclos de la vida y a comprender sin trauma que la vida lleva inherente la muerte. Por eso impulsamos, con FADEMUR, a cuyas mujeres agradezco de corazón su apoyo, la campaña "Ni un niñ@ sin pueblo, ni un pueblo sin niñ@s", que busca establecer sinergias, crear conexiones entre la infancia rural y urbana y hacer un hueco en el sistema educativo que conecte la infancia con la tierra.

La importancia de la acción política y social

La acción política desde las Administraciones es importante. Por eso me ilusiona comprobar que ya se está acertando en muchos caminos, como la pionera proposición de ley que contempla la adaptación fiscal del Gobierno de Castilla-La Mancha o las diez líne-

as de impulso con sus 130 acciones de la SG de Reto Demográfico del MITECORD. Respecto a la conectividad por internet y los servicios básicos, entiendo que deben considerarse derechos fundamentales, y que, por ello, deben ser de obligado cumplimiento y con carácter de emergencia, superando el ámbito de la reivindicación.

Sin embargo, me preocupa que pensemos como sociedad que esto solo se puede solucionar desde los despachos. El ser humano debe tomar conciencia y salir del calor y el confort para, de forma individual, analizar qué podemos aportar para conseguir un mundo más justo, más sostenible, más viable..., en el que, sin duda, no habrá paraísos sin pueblos vivos.

Reflexiones finales

Por supuesto que hay muchas más asignaturas que añadir a esta carrera, pero en mi

humilde opinión las enumeradas en este artículo deberían ser las troncales, las que tendrían que ser abordadas con la máxima urgencia. El resto de asignaturas de libre elección pueden dejarse a la imaginación más o menos creativa de cada lugar, y que por supuesto enriquecerán y darán mayor garantía de futuro a nuestros territorios rurales.

No obstante, no puedo terminar este artículo sin homenajear a los aldeanos y aldeanas, indígenas que viven en las montañas de nuestro país, que tanto han aportado y que, a cambio, han sufrido el abandono, la ridiculización y el olvido. Por duro que sea, hay que decirlo y debe ser escuchado.

También mi agradecimiento a quienes pensaron que una alcaldesa de un pequeño pueblo de montaña merecía tan alto reconocimiento al otorgarle el Premio Orgullo Rural 2020. Es un premio que quiero compartir y hacer extensivo a mi pueblo, al equipo de gobierno del Ayuntamiento de Orea y a mi fa-

milia a la que tanto tiempo robo, y sin cuyo apoyo resultaría complejo tomar impulso. Por supuesto, quiero compartirlo con todas aquellas personas que de forma altruista ocupan alcaldías y concejalías en los pequeños, y no tan pequeños, ayuntamientos, y que forman un extenso y poderoso ejército del que sería insensato prescindir en este camino de necesario impulso de nuestro medio rural.

Una apostilla. Por favor, olvidémonos de salvar el planeta porque no nos necesita en absoluto. Somos nosotros, los seres humanos, los que necesitamos aprender el idioma del planeta Tierra y adaptarnos a sus ritmos. Esto requerirá cambio de valores, modificación educativa, nuevos paradigmas y un largo etcétera. Pero sin duda necesitará de pueblos vivos, ligados a su entorno con saberes antiguos modernizados y con un poderoso amor a la tierra, un amor que es difícil explicar si no se tiene, pero que debería ser un derecho fundamental de nuestra humanidad: el derecho al vínculo con la tierra. ■

NAVES PREFABRICADAS para pollos, ovejas, conejos, cerdos, patos, codornices, avestruces, etc.



¡¡NOVEDAD!!

Cobertizos para guardar maquinaria, materiales, forrajes, etc.



La instalación para sus animales con los mejores resultados del mercado con:

- VENTILACIÓN y AISLAMIENTO excepcionales.
- TÚNELES ESTÁNDAR de 10, 12,5 y 14 metros de ancho por longitudes moduladas a 2 metros.

SOLICITE INFORMACIÓN SIN COMPROMISO

